

CAPÍTULO 1

Presente

Solíamos mirarnos así. Antes de que tú arruinaras todo. El hombre envuelve el cuello de la mujer sonriente con una bufanda, se inclina y le da un beso en la punta de la nariz. Me fuerzo a dejar de mirar la ventana de la tienda y seguir caminando. Quizá con otro kilómetro y medio consiga despejarme para poder pensar bien. Decidir qué hacer el resto del día. El resto de mi vida.

Una calle, después otra. Me detengo detrás de una docena de personas en el cruce peatonal. Una mujer mira la hora en el teléfono celular, un niño se balancea bajo el peso de la mochila llena de libros, un empresario vestido con un traje de cinco mil dólares escupe en el teléfono algo acerca de un trato echado a perder.

Está enojado. Probablemente necesita terapia. A la mayoría nos hace falta. También a mí.

Especialmente a mí.

Una adolescente fuma un porro y bailotea al ritmo de sus auriculares. Un veinteañero, vestido con unos vaqueros holgados y una camiseta, finge no estar muriéndose de frío.

Hay algo que los diferencia de mí: todos parecen tener un lugar adonde ir.

La verdad sea dicha: probablemente yo también lo aparento. Me he vuelto muy buena fingiendo.

Pero pronto ellos estarán en casa con sus familias o el perro o los videojuegos, y yo seguiré caminando por ahí. Buscando algo, aunque no sé qué. Aún no he perdido la cabeza del todo y sé que eso quiere decir que es posible que nunca lo encuentre.

Quizás debería conseguir un perro. Eso al menos le daría sentido a todo este caminar. Por supuesto, tendría que darle de comer. Arrastrarme fuera de la cama temprano a la mañana para pasearlo y evitar que me arruine las alfombras. Darle amor y cariño.

Trago. Soy incapaz de comprometerme a nada de eso. En especial a la última parte.

El semáforo cambia, la oleada de gente avanza y dejo que me lleve al otro lado de la calle. Doblo una esquina cualquiera y, segundos después, estoy rodeada de las típicas casas de piedra rojiza neoyorquinas. Aminoro la marcha y otro transeúnte me empuja en su prisa. Otra persona que tiene a donde ir.

Una brisa agita las hojas y me envuelve la lluvia amarilla y naranja de un ginkgo. Casi nos mudamos a Gramercy,

a una de estas mismas casas. Con el vestíbulo pintado de celeste y un despacho con vista a la ciudad. Si hubiéramos elegido esa casa, en vez del apartamento, ¿habrían sido distintas las cosas? Las consecuencias de esa decisión... ¿habrían afectado nuestras vidas de tal modo que hoy estarías aquí conmigo?

Me permito imaginármelo. Es la clase de vecindario al que la gente se muda para formar una familia. Tal vez, a esta altura, tendríamos un bebé. Tal vez me habría tomado un año sabático. Tal vez, si hubiera prestado más atención y me hubiera dado cuenta de lo mal que estabas. Si aún estuvieras aquí, probablemente estarías de gira, rumbo a un partido en Michigan o Canadá. Mi clientela estaría creciendo en vez de mermando. Tal vez habríamos contratado una *au pair*. Tal vez... tal vez.

La brisa regresa y penetra en mi abrigo abierto. Lo cierro de un tirón y aprieto el cinturón. He estado fuera horas y debería irme a casa. ¿Para qué?

Las ramas de los árboles se mecen y una nueva oleada de hojas me acaricia los zapatos. Una hoja amarilla solitaria se me engancha en el pelo. Estiro la mano para quitármela y un taxi pasa volando a centímetros de mí; el viento que crea me golpea el rostro. Maldición. Ni vi la luz roja. Retrocedo hacia la acera y me tropiezo con alguien que estaba detrás; casi me caigo.

—Señora, ¿está bien?

Una veinteañera en un impermeable Burberry, con una niña de dos años a la cadera que está vestida con un abrigo

haciendo juego y lleva el pelo en coletas, y otra en un co-
checito antiguo, que se chupa el pulgar.

Un murmullo, un destello de lo que podría haber sido.
De lo que nunca podrá ser, por ti.

Metó la mano en el bolsillo del abrigo y froto mi llavero.
Tu llavero. El que me recuerda todas nuestras esperanzas
y sueños. Me calma. Al menos todo lo calmada que logro
sentirme estos días.

—¿Señora? —La mujer de la que ya me había olvidado se
acerca—. ¿Está bien?

Aparto la mirada; su pequeña familia se parece demasia-
do a mis fantasías.

—Estoy bien. Gracias.

Vuelvo por donde vine, camino más rápido ahora. Me
escapo. ¿Me escapo de qué? No importa. Miro el cemento
gris del suelo, luego el cielo gris. Un escaparate me devuel-
ve un reflejo: un rostro pálido y delgado, mucho pómulo,
mucho barbilla. Los ojos hundidos, que antes eran de un
verde brillante, se han vuelto opacos. Se ven grises. Debería
hacerme reflejos, darle vida a mi cabello rubio sucio.

Una campana repica sobre la puerta de la tienda. Noto
a una pareja de jóvenes sentados junto a la ventana, puras
sonrisas tímidas y manos que sostienen vasos de papel con
café. Entro y me pongo en la fila, perdida otra vez en el
anonimato de la ciudad.

Parpadeo. Nunca he estado aquí, en esta esquina, en esta
cafetería. O tal vez es nueva. En el último año, el mundo
ha cambiado a mi alrededor, y yo no he prestado atención.

La fila avanza y dejo que me arrastre. Hubieras odiado este lugar. Las luces demasiado brillantes, el barullo de unas treinta personas charlando, el siseo que produce el barista al espumar la leche, el zumbido del molinillo de café. Pagar siete dólares por una bebida caliente.

—Buenas tardes. ¿Qué le preparo? —La mujer, que sonríe con mucha encía y el pelo en una coleta, muestra un entusiasmo un poco exagerado al tomarme el pedido.

—Café. Solo, por favor.

Pago con efectivo, acepto el cambio y pego la vuelta, sin poder quitar los ojos de un bollo de naranja y arándanos. Intento acordarme si comí hoy.

—¿Meredith? Café solo —llama una voz.

Me quito un guante para recoger el vaso de papel y siento el calor que me atraviesa la piel mientras busco una mesa libre. Hay solo una, hacia el frente de la cafetería, con vista al exterior. Me da algo en lo que concentrarme, por lo menos. Hay un enjambre de personas en las aceras, los turistas con sus bolsas de compras que contemplan boquiabiertos los edificios altos y los locales que se quejan por lo bajo al verse obligados a esquivarlos.

Cientos de personas van y vienen en apenas unos minutos. Es un mar de ambigüedad, rostro tras rostro tras rostro, que comienza a borrararse.

Pero entonces... un fognazo de algo familiar. Un rostro que conozco en la multitud.

Me inclino, sin preocuparme por la mesa que se me hunde en las costillas mientras clavo la mirada en el hombre. Me

llevo la mano al pecho cuando del reconocimiento paso a la consternación. Y mi corazón comienza a latir violentamente.

No puede ser él.

¿O sí?

Piel aceitunada, barba oscura, delgado. Sonríe mientras habla por teléfono. Luego se ríe, con una risa que le hace temblar el pecho y echar la cabeza hacia atrás, y sonreír al cielo. Ese hombre no se reiría, no podría reírse. Después de todo, ha pasado por algo mucho peor que yo.

Estrujo el vaso y el café se derrama, quemándome la mano. El dolor se expande y miro la piel enrojecida.

Se siente bien. El ardor me trae una extraña sensación de alivio.

No es una reacción normal. Me pasaré horas sobreanalizándola en otro momento. Pero ahora... mi atención vuelve a la ventana. Él es mucho más interesante.

Dejo la silla, echo el café, que casi no toqué, en el cesto de basura más cercano y salgo por la puerta repiqueteante en segundos. El hombre avanza a zancadas por la acera, en los espacios que dejan otros transeúntes, lo que ayuda a no perderlo de vista. Ayuda, avanzo rápidamente, a seguirlo.

Es como seguir a un fantasma.

Excepto que no es él quien está muerto.

Son ellos.

Nosotros estamos atrapados aquí. En el limbo.

Yo. Y él.

Gabriel Wright. La última vez que lo vi, me sentía casi igual que ahora. Anestesiada. Ausente. Incredula. Esa noche.

Metó la mano en el bolsillo para buscar tu llavero otra vez, para que me ayude a apartar los malos recuerdos. Pero no tengo tiempo para calmarme porque me estoy quedando atrás. Así que acelero el paso y lo persigo. Gabriel dobla una esquina, las manos en los bolsillos. Está saliendo de Gramercy y yendo hacia el sur, hacia el East Village. No somos los únicos que caminan en esa dirección. Me pongo detrás de tres mujeres, que cargan con enormes bolsas de compra como si fueran trofeos de una cacería. Turistas. Son el camuflaje perfecto para mi persecución.

Quiero saber qué está haciendo, a dónde va. Por qué está aquí, con todos los lugares que hay y, por sobre todas las cosas —pienso en su expresión, riendo, sonriendo—, ¿es feliz en serio? Tan feliz que ríe. Que siente alegría, después de lo que tú hiciste.

Gabriel se detiene junto a un puesto de periódicos más adelante. Un río de trabajadores de traje y corbata sale de un edificio e inunda la acera. Son las siete pasadas, he estado dando vueltas desde el mediodía. Debería irme a casa. Pedir comida, encontrar una manera de pasar el tiempo...

Pero no puedo alejarme de él. Me llevo el teléfono a la oreja para esconder el rostro cuando él se pone a mirar alrededor mientras espera a que lo atiendan. Alza la mano, usa el teléfono para pagar un paquete de cigarrillos —una marca en un envoltorio blanco— y se los mete en el bolsillo.

Siento el impulso de acercarme a él. Es poco probable que me reconozca. Nunca nos conocimos, al menos

no formalmente. No. Vivimos un infierno al mismo tiempo, separados por varias habitaciones.

Tú en una habitación.

Su esposa y su hija en otra.

Trago el reflujo que me sube por la garganta, la consecuencia de tomar café con el estómago vacío y estresarme mientras camino a toda velocidad tras un hombre del que debería mantenerme alejada.

Gabriel se queda un momento más en el puesto. Vuelve a sonreír. Charla con el hombre detrás del mostrador.

Doy un paso atrás, me recuesto contra los ladrillos de un edificio y extraigo una libreta, la que uso para anotar mi lista de pendientes. No he escrito en ella hace semanas, meses quizá. Una lista de pendientes no tiene sentido cuando no hay pendientes. Pero ahora sí escribo algo rápidamente.

Gabriel Wright.

Confirmo la hora en el teléfono como si se tratara de un dato crucial y sigo escribiendo.

Jueves, 07:13 p. m.

Camina por la calle 15 este. Se detiene en un puesto de periódicos.

Fumador.

Riéndose. Sonriendo. ¿Feliz?

La última palabra me hace pensar. Últimamente, la felicidad suena como una fábula o un cuento de hadas. Un sueño del que cada niña que crece en un hogar disfuncional quiere ser parte, pero sabe, en el fondo, que no es más que una fantasía.

Gabriel le sonríe cálidamente al vendedor y se da vuelta para emprender su camino sin prisa, como si no tuviera la más mínima preocupación. Quiero detenerlo y gritarle: « eres feliz de verdad?», o mejor: «S  que finges. Te sale mejor que a mí. Es imposible que seas una persona entera de nuevo. No después de lo que te hicimos».

Es incomprendible.

 l es incomprendible.

Se me corta la respiración cuando apresura el paso. Tengo que seguirlo. No, *necesito* seguirlo. Por primera vez en meses tengo un objetivo. Un ansia se despierta en mí, algo que podría devorarme entera.  C mo?  Por qué?

Cuando me vuelvo a unir a la multitud, echo un vistazo detrás de mí y cruzo la mirada con una mujer joven de largo cabello rubio, cargada de libros. Parece que va a decir algo, pero me doy cuenta de que solo debe querer que salga de su camino. Como todo el mundo en esta ciudad, salvo yo, tiene prisa. Aunque ahora yo también tengo un objetivo.

Por primera vez desde lo tuyo.

No s  a dónde voy ni qué sucederá cuando llegue.

Pero sí que debo seguirlo.